



Una mirada humana al Mundo

A human look to the World

■ José Luis Puerta

Pasamos la mitad de nuestros días en la sombra de la tierra, y el hermano de la muerte exige un tercio de nuestras vidas. Gran parte de nuestro sueño está zurcido de visiones, y de objetos fantásticos en los que confesadamente nos engañamos. El día nos suministra verdades, la noche ficciones y falsedades.
T. Browne, *De los sueños*

■ Es comprensible que a aquellas personas no familiarizadas con la obra de Sir Thomas Browne (1605-1682), que muy probablemente serán la mayoría de nuestros lectores, les cueste entender por qué se reproduce en este número de la *Revista de Humanidades* el capítulo quinto de una obra con un título tan curioso como éste: *Hydriotaphia o Urn Burial o Discourse of the Sepulchral Urns lately found in Norfolk* (conocida en español como “El enterramiento en urnas”)¹. Dejando a un lado consideraciones literarias más o menos eruditas o especializadas —en las que de alguna manera se adentra el artículo de Enrique Lynch (y que precede al presente)—, es innegable que de la pluma del médico Thomas Browne salieron algunas de las páginas e intuiciones más enjundiosas sobre la religión del *yo* cotidiano, el paso del tiempo, la inmortalidad, la fama duradera, el olvido o la corrupción del cuerpo tras la muerte. *El enterramiento en urnas* es quizá la segunda obra en importancia de este médico inglés del siglo XVIII, después de su *Religio Medici*, cuya mejor traducción posible sería “La religión del hombre de ciencia” más que “La religión de un médico”. De algún modo ambos libros son complementarios. En el primero, dicho sumariamente, Browne sostiene que la razón humana solo puede postular o proponer principios, pues difícilmente es capaz de llegar a comprender de

¹ Este libro, publicado en 1658, debe su título al hallazgo de unas urnas funerarias de la Edad de Bronce descubiertas en Norfolk (Inglaterra) en 1658, que sirvieron de inspiración a la pluma de Browne. El libro tiene una segunda parte titulada: *The Garden of Cyrus* (1658). En el artículo siguiente se reproduce el capítulo quinto y último de la mencionada obra.

forma omnímoda el orden que gobierna y rige la Naturaleza; ya que ésta no es otra cosa que una expresión del inextinguible genio de Dios:

“[...] pues es Dios como el hábil geómetra que, pudiendo describir o partir una línea recta con enorme facilidad y un solo trazo de su compás, prefiere hacerlo de manera más larga o circular... sin embargo, a veces infringe esta norma suya a fin de que el mundo conozca sus prerrogativas, no vaya a ser que la arrogancia de nuestra razón cuestione su poder y concluya que es incapaz de imprimir una alteración”².

Si, finalmente, la razón humana nunca puede alcanzar a comprender en plenitud el orden de la Naturaleza, no es mala solución que la Iglesia se erija en un sustituto “razonable” para llenar semejante carencia; llegando a confesarnos, quizá como prueba de la validez de su argumento, que nunca ha “sido capaz de oír los tañidos del Ave María sin una cierta elevación”³.

Sin embargo, en *Hydriotaphia* da una vuelta de tuerca más a su idea sobre la razón humana, presentándonosla como el resultado del intento por entender (ficticiamente) el mundo, ya que su comprensión absoluta nos está negada. Para él, el fundamento último de lo que llamamos razón no sería la razón en sí misma (“así como todas las costumbres estaban basadas en algún fondo de razón, a ésta no le hacían falta motivos”⁴), sino que habría que buscarlo en la estética y en el artificio que siempre ha rodeado a la cultura en todas las épocas de la Historia. En su opinión, los productos que salen de la mano del hombre —en el caso que nos ocupa, urnas funerarias— entran de lleno en el ámbito de la hermenéutica: no es que los hombres construyan objetos, sino que a través de su fabricación transmiten determinados mensajes. La producción y posterior utilización de esos artefactos, siguiendo con el mismo ejemplo, es animada por ideas que quedan fuera del ámbito estricto de la razón. Además, en cierto modo, para nuestro médico ensayista la razón nunca acaba de ser totalmente autónoma de la imaginación, pues, paradójicamente, es la imaginación la que casi siempre termina por apelar a una instancia superior: la razón.

Por otro lado, la vida y la muerte consumen en cualquier sociedad un enorme esfuerzo discursivo (tal es el caso del debate actualmente abierto sobre la eutanasia), pero este esfuerzo no queda únicamente circunscrito al campo de la razón pura, sino que también colisiona con los valores y las creencias del público; y con el ámbito de la ficción y de la norma jurídica. Esta última no olvidemos que se fundamenta sobre

² Browne T. *La religión de un médico* (1643). En: Browne T. *La religión de un médico y El enterramiento en urnas* (nota previa, traducción y epílogo de J. Marías). Barcelona: Reino de Redonda, 2002, p. 58.

³ Browne T. *La religión de un médico* (1643). En: *Op. cit.*, p. 36.

⁴ Browne T. *El enterramiento en urnas* (1658). En: *Op. cit.*, p. 184.

todo, más que en los dictados de la razón, en lo que es consuetudinario, aunque a veces los humanos tengamos dificultades para ponernos de acuerdo sobre qué estamos dispuestos a admitir como una costumbre socialmente generalizada (pensemos en el debate surgido recientemente a cuenta del matrimonio entre homosexuales).

Pero el recorrido del viaje intelectual de Browne en su *Hydriotaphia* no termina aquí. Así, tras un prolegómeno —en absoluto superfluo— en el que nos desmenuza con gran finura cómo las distintas culturas y pueblos (los egipcios, los persas, los caldeos, los romanos o los cristianos) han ritualizado y fantaseado sobre la muerte utilizando la momificación, la cremación o el enterramiento en templos sagrados, nos desvela a dónde nos quiere llevar. Como ya habrá intuido el lector, las urnas descubiertas en Norfolk y sus agudas reflexiones sobre los ritos culturales alrededor de la muerte no son más que una excusa para explayar en la parte final y más conocida de su libro (el ya aludido capítulo quinto) su punto de vista sobre el forcejeo de los humanos con la muerte; nuestras angustias sobre la fortuna y la fama en este mundo y en el que está por venir, esto es, el de las generaciones que nos seguirán; los cambios que acompañan el paso del tiempo; la contingencia de todo lo mundano; la fugacidad de la fama y nuestros vanos esfuerzos para ahuyentar la visita de la muerte. A la par que nos recuerda —sin abdicar nunca de su admirable estilo literario y que tanto atrajo, entre otros, a Jorge Luis Borges, Virginia Woolf o Samuel Johnson— cómo los humanos estamos condenados a olvidar o a resignarnos ante las adversidades que tratan de llevar a la zozobra nuestra existencia:

“Los pesares nos destruyen o se destruyen. Llorar hasta volverse piedra es fábula: las aflicciones producen callosidades, las desgracias son resbaladizas, o caen como la nieve sobre nosotros; lo cual, sin embargo, no es un infeliz entumecimiento. Ignorar los males venideros, y olvidar los males pasados, es una misericordiosa disposición de la naturaleza, por la cual digerimos la mixtura de nuestros escasos y malvados días; y, al no recaer nuestros liberados sentidos en hirientes remembranzas, nuestras penas no se mantienen en carne viva por el filo de las repeticiones”⁵.

Browne nos ha dejado constancia, a través de su obra, de un conocimiento del fenómeno cultural fuera de lo normal, a lo que se sumó una curiosidad infinita por la filosofía, la historia, la arqueología y la literatura. Pero por encima de todo, éste médico y lúcido ensayista, demostró en palabras de Willian Osler —que siempre tuvo como *compagnon de voyage* sobre su mesita de noche un ejemplar de *Religio Medici*— “un hondo interés humano por lo seres humanos”⁶. Y éste es su mejor legado.

⁵ Browne T. *El enterramiento en urnas* (1658). En: *Op. cit.*, p. 240.

⁶ Osler W. Thomas Browne, 1905. En: Osler W. *Selected writings of Sir William Osler*. Londres: Oxford University Press, 1951, p. 61.